

En el 1595 fue descubierto en Ancyra, ciudad del Asia Menor, un templo en ruinas, y en los muros de este templo una inscripción en griego y en latín copia de la leyenda colocada frente al mausoleo de Augusto en Roma, que se había perdido. *Res Gestae Divi Augusti* se llama ese relato de los hechos del divino Augusto en el que Octavio, su autor, se jacta de este modo: "Tres veces en mi propio nombre, y cinco en los de mis hijos y mis nietos, he dado exhibiciones de gladiadores, en las que han luchado diez mil hombres . . . Di al pueblo el espectáculo de una batalla naval allende el Tíber donde ahora es la arboleda de los Césares. Con este fin cavóse una extensión de mil ochocientos pies de largo por mil doscientos de ancho. En esta lucha treinta barcos de filosa proa, trirremes y birremes, se revolvieron en pelea, además de muchos barcos menores. Sin contar los remadores, tomaron parte en esta batalla alrededor de tres mil hombres". Pretenciosa Roma proclamaba esas sangrientas fastuosidades por todo Oriente⁽²⁾, y el Oriente, sagaz, sabio, tenaz, dueño de la verdad, enviaba a Roma profetas y sacerdotes, dioses y cultos, filósofos y místicos. Octavio debe de haber comprendido lo que el Oriente pretendía cuando con tanta fiereza quiso abolir en Roma toda influencia religiosa oriental y renovar la antigua religión romana con su gallarda persona entre los dioses.

Los demás emperadores siguen el mismo curso de Octavio. Especie de dios sintióse Tiberio, no cabe duda, cuando puso en vigor la *Ley de majestad* que hacía crimen, blasfemia, hablar palabra descuidada o siquiera pensar contrariamente respecto del soberano. Especie de dios cuando dijo, "¡No me importa que el pueblo me odie, con tal de que apruebe cuanto hago!" Especie de dios sintióse Gayo César—¡Calígula!—cuando hizo cónsul romano a su caballo, la blasfemia más grande contra la divinidad. Claudio debió sentirse algo divino cuando hizo construir el famoso acueducto. ¿Y qué si no dios se sintió Nerón en todo tiempo? Cuando un incendio de seis días y seis noches redujo a cenizas la mitad de Roma, Nerón reconstruyó la ciudad embelleciéndola. Para sí hizo construir *Domus Aurea*, y al instalarse en ella exclamó significativamente, "¡Así conviene que esté alojado un hombre divino!".

Pasemos en silencio los reinados de Galba, Oto, y Vitelio. La locura de endiosamiento asume en ellos carácter epiléptico. Con Vespasiano la locura persiste, y su hijo Tito destruye el Templo de Jerusalén y la ciudad sagrada como joven dios que vence a dios antiguo y le destruye su fortaleza. Domiciano, hermano y sucesor de Tito, odia y persigue a los cristianos porque rehusan adorar sus efigies que él ha levantado en altares. Hay una tregua durante los cinco "emperadores buenos", pero es

sólo en apariencia. Así, Trajano hace perseguir a los cristianos en el Asia Menor con rencor de divinidad celosa, y hasta Marco Aurelio, el filósofo de las *Meditaciones*, no está exento de la tara fatal, díganlo si no Justino de Roma y Policarpo de Esmirna, ambos Padres de la Iglesia, martirizados en tiempos de este "buen emperador".

La locura se intensifica en Comodo, hijo de Marco Aurelio y último de los Antoninos, quien supera con sus exhibiciones la sanguinaria magnificencia de Augusto. Un día viste piel de león y se arma de potente maza para bajar en persona a luchar contra los gladiadores en la arena. Los gladiadores se defienden y le atacan con esponjas que semejan rocas. Comodo despiadado les da muerte. La canalla le vitorea. El Senado le otorga el título de Hércules Romano y le vota los sobrenombres de Félix y de Pío . . .

Cuando Caracalla asesina a su hermano Geta y le ordena a Papiniano que redacte un argumento público que vindique el fratricidio, éste responde que es más fácil cometer que justificar tal crimen. Papiniano es por consiguiente asesinado. Papiniano era jurisconsulto que no teólogo. A Dios no se le juzga: se le justifica. Y quien no lo comprende así tiene la muerte merecida. A Caracalla siguieron los Treinta Tiranos hasta el 268. En ese mundo vivió y sintió y pensó Plotino. Había nacido,—siendo emperador Severo, padre de Caracalla y Geta,— en el 205 y en Licópolis de Egipto, y debía morir, en el sur de Italia, en el 270.

La filosofía de Plotino ha sido tenida como la consumación más elevada del pensamiento griego. En cierto modo, sin embargo, es su negación más rotunda. Jamás fue la ciencia tan menospreciada por los dirigentes de la cultura como en los círculos en que prevalecía el neoplatonismo. Desde el punto de vista de la investigación empírica del universo, la filosofía comenzó a declinar, muertos Platón y Aristóteles, con el neoaristotelismo, y se puso en la oscuridad del neoplatonismo. Pero desde el punto de vista moral y religioso, el neoplatonismo es la cumbre más alta a la que llega el pensamiento antiguo. Era inevitable que este progreso se hiciera a costa de la ciencia. La lucha entre el Occidente y el Oriente era lucha entre la materia y el espíritu. La ciencia, obviamente, era del partido materialista. La filosofía, colocada en medio de ese conflicto de fuerzas, titubeó largo tiempo sobre qué camino seguir, pero hubo de decidirse por la religión, esto es, por la mayor de las fuerzas antagónicas, a conciencia de que si no destruía a la ciencia materialista ésta destruiría a la religión y la destruiría a ella misma. Con el triunfo de la religión se sobrepuso a todo el desprecio por la razón y por la ciencia, y el inevitable resultado de esto no podía ser otro que el imperio en las conciencias de la superstición más crasa, y el sentimiento

humano de impotencia absoluta frente a toda especie de fantasmas. El neoplatonismo fue floración. Al caer esa flor ¿qué fruto comenzó a madurar? ¡La barbarie! Recobrar un equilibrio razonable fue la tarea del cristianismo; recobrar la cordura. En lucha con la locura romana de que el poder hace dioses a los hombres, el Oriente afirmó que el hombre no podía ser Dios. En lucha con la locura romana de hacer de Roma algo más brillante que el Olimpo, el Oriente proclamó con fiereza de hombres de piel oscura y de ojos como brasas y de labios encendidos y convincentes, que este mundo no vale la pena ni entenderlo, ni gozarlo, ni dominarlo; que hay otro mundo por el que precisa abandonarlo todo y sacrificar hasta la inteligencia. A la luz que llega de ese otro mundo, cuanto es absurdo se convierte en sabiduría, cuanto es sabio se vuelve insulso . . .

Me detengo a pensar en estas cosas, y me paso los días meditándolas, al toparme en la portada del libro de Jorge Mehlis⁽³⁾ los siguientes conceptos:

"Si dirigimos nuestras miradas a la época en que vivió y enseñó Plotino, puede advertirse muy bien un gran parecido con nuestra época presente. También ahora se hace sentir la nostalgia del ser . . ."

Persiles

Heredia, agosto, 1931.

INDICE



Entérese y escoja:

Felipe Villaverde: <i>Memorias del Canciller Príncipe de Bülow</i>	¢ 7.00
Heinrich Mann: <i>El Súbdito</i>	5.00
L. Trotsky: <i>El gran organizador de derrotas</i>	4.25
John Reed: <i>Hija de la Revolución</i>	3.75
Kalyana-Malla: <i>Anangaranga</i>	2.50
Araquistain: <i>El Ocaso de un Régimen</i>	3.50
Rabindranath Tagore: <i>El Jardinero</i> . Pasta	4.00
Emil Ludwig: <i>El Hijo del Hombre</i> . Vida de Jesús	5.00
N. Asch: <i>22 de agosto</i>	3.50
Hermann Kesten: <i>José busca la Libertad</i>	3.50
Rabindranath Tagore: <i>La Luna Nueva</i> . Pasta	4.00
Pierre Louÿs: <i>Las Canciones de Bilitis</i>	3.00
Constantino Suárez (Españolito): <i>Cuentistas Asturianos</i>	3.75
Juan Dantín Cereceda: <i>Historia de la Tierra</i>	1.50
Andrés Nin: <i>Las Dictaduras de Nuestro Tiempo</i>	3.50
Arnold Zweig: <i>Lorenzo y Ana</i>	3.50
Teodoro Dreiser: <i>El Financiero</i>	4.25
Paul Morand: <i>Nueva York</i>	3.50
Antonio Espina, Benjamín Jarnés, Gómez de la Serna, etc.: <i>Las Siete Virtudes</i>	3.50
Nevierof: <i>La Ciudad de la Abundancia</i> . Novela	3.25

Solicítelas al Adr. del Rep. Am.

(2) Véase *Monumentum Ancyranum*, vol. V, N° 7, de *Translations and Reprints, European History*, de la Universidad de Pennsylvania.

(3) Plotino (traducido del alemán por J. Gaos). N° VI de la serie *Los filósofos de la Revista de Occidente*, Madrid, 1931.